
FEBRERO.

3.

La venerable María de Santa Catalina, hija de José Lucas y de Catalina de Cepeda, buscó al Señor en el retiro del convento de Santa Isabel de descalzas por lograr la casa de contratación con ángeles. Fué de humildad profunda y sinceridad columbina; en los ayunos y mortificaciones constante: las cuaresmas traía los pies á raíz del suelo descalza, porque decía que vivía en el convento de descalzas: dió su espíritu al Criador á 3 de Febrero el año de 1665.

4.

El venerable padre fray Juan de Mazorra, natural de Carriendo, tomó el hábito y profesó en el convento de México á 2 de Julio del año de 1572, hijo de Juan de Mazorra y de María Fernandez, del valle de Carriendo, en la montaña. Fué de vida austera y penitente: tanto amaba la santa

pobreza, que no tenía en la celda mas que el breviario, una Biblia y una cruz de palo en la cabecera. Su lecho era el duro suelo, y aun en las enfermedades (en que la necesidad dispensa) nunca mudó de cama. En la puntualidad de rezar á sus horas fué tan puntual, que siempre, aunque viviera solo, se levantó á rezar maitines á la media noche. Fué guardian del convento de Jilotepec varias veces, donde le vieron los religiosos no pocas veces en el aire levantado con éxtasis en la oración, en que hace Dios á sus santos más crecidos favores. Corrió la fama de su virtud hasta llegar á los oídos del católico monarca Felipe II, y escribióle ordenándole que le diese todos los años aviso de lo que pasaba en las Indias, para ordenar los medios de su mejor gobierno. Obedeció el varón de Dios las órdenes de su rey, y todos los años daba noticia por sus cartas al real Consejo de las Indias, dando crédito á sus verdades y ejecución á sus avisos. Conocióse la entereza de su virtud, porque aunque en las noticias solicitó la utilidad común, nunca solicitó la conveniencia particular de su persona. Murió en el convento de México, con sentimiento del reino que le veneraba bienhechor, en 4 de Febrero de 1613.

El venerable padre fray Francisco de Torres Corvacho, natural de la ciudad de Córdoba, de Andalucía, hijo de nobles padres, don Francisco de Torres y doña Isabel Ortiz, caballeros de Sevi-

lla, siendo capitán de infantería trocó la milicia del mundo por la de la religion seráfica, entrándose en el convento de México religioso: profesó á 24 de Agosto el año de 1633. Era en el rostro y gentileza de cuerpo tan dispuesto, que le llamaban el Príncipe, siendo por sus virtudes y natural apacible ángel. Desde luego se dió á la contemplacion y á la lición de los libros, que son los maestros de la virtud, en especial al libro de los Morales de S. Gregorio con tanto estudio, que repetia planas enteras de memoria. Enfermo de la gota, retiróse á la enfermería, donde en treinta años vivió tan retirado, que no le movió á ver las obras del convento la curiosidad, ni el deseo de verlas la grandeza. Celebróse la consagracion del señor don Nicolás de la Torre, obispo de la Habana. En la iglesia dióle deseo de asistir á ella, prometiéndole de llevarlo en una silla por el impedimento de los piés; pero mortificó á su deseo, queriendo más en la oracion el tiempo, que no en la curiosidad aquella hora, y con tener el impedimento de andar le concedia Dios el ir á la capilla á celebrar; y á las celdas de los enfermos, cuando le llamaban, á confesarlos, volviéndose á la celda. Impedido para salir á otras funciones, y suelto sin impedimento á las que eran en servicio de Dios y de los prójimos, en la celda se habia sepultado vivo, que la celda es émula del sepulcro de Cristo que recibe un cuerpo muerto al mundo, y le vuelve resucitado al cielo. Tenia en

ella con Dios familiares coloquios, y en éxtasis elevado le vimos muchas veces, una en que me pidió le llevase un trasunto de la Asuncion que estaba en la portería, de admirable belleza. Al verla fué tan fervoroso en la contemplacion de su hermosura, que con una suave violencia en el semblante risueño, y el rostro de resplandor bañado, delante de más de seis personas, se elevó mas de media vara del suelo, durándole por más de hora el rapto dulce, hablando entre sí algunas razones que apenas se percibian, que como las celó su modestia, no puede delinearlas mi pluma. Llegábase el tiempo de ver lo que habia contemplado en vida, en vida mas descansada, y pidió licencia al prelado para bajar á ver la Tercera Orden y portería, y la obra de la escalera que por relacion sabia de su grandeza, y en compañía de algunos religiosos bajó á ver y á despedirse de las obras, admirándose todos de ver andar tan ligero al que conocian tan impedido. Subió dando gracias al Señor, y anunciando el día de su muerte y hora de su partida, amaneció achacoso de calentura, y con la apacibilidad y silencio en que vivió, dió su alma al Criador á 4 de Febrero de 1659, quedando el cadáver mas hermoso en muerte de lo que habia sido en vida. A las veinticuatro horas llegó á cortarle las uñas un devoto, y encarnando la tijera salió copiosa sangre, tan líquida, como si estuviera caliente. Viendo el doctor Gerónimo Ortiz este prodigio, hi-

zo que le movieran los brazos y que le abrieran y cerraran los dedos de las manos; y viéndolos tan tratables y flexibles como si estuviera vivo, se abrazó con él, y con lágrimas tiernas dijo á todos: este prodigio descubrirá Dios para su tiempo. Acudió á su entierro numeroso concurso, con tanta devocion, que casi le enterraron desnudo. El don de profecía le experimentaron muchos en los sucesos con que les prevenia su cuidado. A mí me confesó en una enfermedad en que estuve el año de 43 desahuciado, y consolándome dijo: no irá de esta, que le falta que trabajar y servir á su Provincia: para el dia de la Candelaria podrá levantarse á comulgar en misa. Y así pasó como lo dijo. Con ocasion de enterrar á otro religioso encontraron el cuerpo, y fuimos á verlo: y con haber más de doce años fué de todos conocido; y tocándolo, despedia un olor suave, como el olor que dejó de sus virtudes.

El venerable padre fray Miguel de Santa María, irlandés de nacion, que tomó el hábito en la santa Provincia de Santiago, en el convento de Salamanca, donde aprovechó en letras y era en todas materias entendido. Pasó en la mision de diez y siete religiosos el año de 618 á la Provincia del Santo Evangelio, donde solicitó el pasar á Filipinas en compañía del venerable mártir fray Gines de Quezada. Y viendo que no era la voluntad de Dios el lograr el martirio que deseaba, se volvió al conven-

to de nuestro Padre San Francisco de México, donde se dedicó al martirio prolongado de la escuela de una comunidad religiosa, siendo ejemplo de todos y padre espiritual de muchos. Nunca faltó al coro, y con tanta devocion, que no se le vido, aunque viejo, arrimado á la silla ni descansar en antepecho. En el confesonario muy asistente, y no pudiendo con la predicacion ganar almas, por no darle lugar la pronunciacion nativa, las granjeaba en el Sacramento de la Penitencia, en que mostró la caridad de su espíritu. Era de los moribundos solicitado por su espíritu y ciencia. Aconteció llamarle para un caballero rico de hacienda mal ganada, y con tenerla al corazón pegada, le hizo revocar el testamento y que le enterrasen de limosna, restituyendo todo lo que habia ganado de hacienda. Fué de los príncipes venerado, y buscando el señor arzobispo persona que supliese la falta de su confesor difunto, el padre fray Juan Evangelista, lector del convento de Toledo, que murió en la mar, puso los ojos en este venerable padre fray Miguel. Resistió con humildad el cargo: obligóle la obediencia, pero aceptó con cargo de que no habia de dejar su celda ni morar en el palacio. Pasados algunos meses propuso la inquietud de su espíritu y la falta que le hacia el tiempo para acudir á sus confesiones, y volvió como deseaba á la ocupacion de su convento. Llegóse el tiempo de morir, y al recibir el Viático salió al dormitorio á recibirlo con

las palabras de Santa Isabel que dijo á María Santísima. Recibióle de rodillas, ayudó á rezar los Salmos de la unción, y en una tranquilidad del cielo, con los sentidos tan enteros como sano, dió su alma al Señor en 4 de Febrero del año de 1659, quedando su cadáver tratable, y sus carnes como de quien no habia perdido la joya inestimable de la pureza virginal, ni habia cometido culpa mortal, como lo testificó su confesor de la confesion general que hizo ántes de morir, anunciando los pocos dias que le faltaban de vida. Enterróle el señor arzobispo con asistencia de los dos cabildos, y lo más noble de la ciudad, que lo lloraban como á padre, y cada cual deseó tener algo de sus reliquias, y así, como á cosa bendita, le despedazaban el hábito, y hubo quien se arrojó á cortarle un dedo, y fué necesario echarle á toda prisa en el sepulcro ántes que lo dejasen desnudo.

La venerable madre Melchora de Jesus, natural de la villa de Madrid, pasó á estas partes con sus padres don Fernando de Cuellar y doña Ines Ibañez. Era su deseo de ser religiosa en el convento de las descalzas de Madrid, y viéndose en las Indias se entró en el convento de las descalzas de México. Conocióse el espíritu de su vocacion, en que no se tuvo por digna de profesar para el coro, escogiendo el estado humilde de religiosa lega, en que se ejerció en los oficios de mas trabajo del convento. Era en la oracion continua, y por su

mansedumbre y obediencia de todas bien querida. Previno el dia y hora de celebrar las bodas con su Esposo, no solo con el aceite de virtudes, sino que amortajándose de propia mano á la hora que ya tenia conocida. Envió llamar á las religiosas é hizo que tocasen á la comunidad, y con el Santo Cristo en las manos, con la paz y mansedumbre en que vivió, rindió su espíritu al Señor á 4 de Febrero del año de 1630.

5. El venerable padre fray Juan de Tobar, natural de la ciudad de México, donde tomó el hábito y profesó el año de 577 en 28 de Agosto, hijo de Miguel Gerónimo y Ana Ponce, fué excelente predicador, en la lengua mexicana muy versado, trabajó en la administracion con mucho fruto; fué en el desprecio de las cosas terrenas y en la pobreza muy observante. Lució en él la virtud de la pureza y modestia religiosa, con tal extremo, que siempre, aunque fuera con los de menor esfera, hablaba con los ojos en el suelo. Fué muy penitente y ejemplar religioso: lleno de trabajos y méritos acabó su curso en el convento de México, dejando opinion de verdadero religioso á 5 de Febrero de 1608 años.

El venerable padre fray Francisco García, natural de los reinos de España, en la Galicia, tomó el hábito para religioso lego en el convento de Méxi-

co, de madura edad. Ocupóse desde luego en la cocina: tan parco en la comida, que aunque guisaba la olla, nunca llegó á probar de la carne. Sustentábase con unas habas cocidas en agua solamente, echándole á veces ceniza, haciendo, como él decia, lejía para lavar las tripas. Era muy dado á la oracion y penitencia: entre las ollas le hallaban de rodillas. En cerrando la cocina se iba á las azoteas, adonde oraba con los ojos en el cielo puestos. Tendíase de espaldas en un escalon de piedra áspera, y padecía por mucho tiempo aquel tormento. Nunca estuvo ocioso por no dar lugar á que el enemigo le tentase. De la cocina lo pusieron en la cantera de los Remedios, para que sacase piedra de cantería para la iglesia, cuya fábrica duró doce años. En este tiempo envió toda la piedra necesaria, con grande ejemplo de todos, con la austeridad en que permaneció constante. Acabada la iglesia, murió en el convento de México á 5 de Febrero de 1602, sepultado el primero en la iglesia que tanto trabajo le costó; que premió Dios semejantes trabajos de contado. (*Torg. lib. 20, cap. 81, fol. 660*).

El venerable y reverendo padre fray Alonso de Rosas, de la Provincia de Castilla, fué electo en primer comisario general de la Nueva España. Bastaba esta eleccion de ser el primero para que le ca-

lificara la eleccion, entre tantos, por sin segundo. Era muy dado á la oracion y hombre docto. Vino el año de 1531, y como vió la observancia religiosa de aquellos varones primitivos, dijo que no se necesitaba de prelado; y teniéndose por indigno renunció la comision. Dióle gana de volverse á España, pareciéndole que tendria más lugar de oracion continua. Vuelto á España, donde le pareció habia conseguido su deseo, hallóse con la vuelta con el espíritu inquieto, que la vida del hombre es una continua guerra sobre la tierra, y dándose á la oracion le pareció, ó fué verdad, que Cristo le decia desde la Cruz: Cómo me dejaste y me volviste las espaldas, dejando las Indias, donde te habia guiado para mi mayor servicio, y te volviste á buscar tu conveniencia? Con aquella inspiracion volvió otra vez á esta Provincia del Santo Evangelio. Fué custodio de Michoacan y de Jalisco ántes que se erigiesen en provincia. Obró con el ejemplo de perfecto religioso, y lleno de años pasó de esta vida en el convento de México, donde está sepultado, á 6 de Febrero de 1570. (*Torg. lib. 20, fol. 520*).

La venerable madre Agustina de San José, hija de Juan Alcázar y doña Mariana de Angulo, nació en México y fué religiosa en el convento de S. Juan de la Penitencia, con su hermana Mariana de San Francisco. Fué observantísima de su regla. Conocióse en la constancia de ser religiosa su virtud, porque aunque le brindaron con casamientos

ricos, no se rindió á los combates de la riqueza ni al lustre de la gala, ni á la comodidad de la vida. Pasó de esta vida el año de 1648, en 6 de Febrero.

La venerable madre Josefa de San Andres, religiosa del convento de Santa Isabel de México, donde nació de padres ricos, don Andres de Carabajal y doña Mariana de Porras. Eligió vivir como vivió, en pobreza: no le perturbaron las haciendas que pudo heredar de don Andres de Carabajal; aquel insigne limosnero que celebran las iglesias del mismo convento de Santa Isabel, y la de la Compañía de Jesus, ántes nombrada Santa Ana y ahora San Andres, que, á expensas suyas, se fabricó. Pregónalo el sermón que se predicó en sus honras por el padre José de Porras, impreso, año de 677 en México, donde dice que las limosnas que hizo á diferentes templos en la Puebla, sumaron ciento y ochenta y dos mil pesos de obras pequeñas que le envió un prebendado de la santa iglesia, sin lo que gastó en fábricas de templos por mayor: cuarenta mil en la Catedral; veinticinco mil en Santa Ines de Montepoliciano; diez mil en San Agustín; en la Trinidad otros diez mil; en Santa Teresa y Santa Clara, otras que no se saben. Pudiera estar México con algunas quejas, que habiendo nacido en las casas donde hoy están los del hospital de los Convalecientes de Belen, no hiciera limosnas en su patria, si al doble no las hubiera hecho en cuatrocientas una capellanías y obras pías que dejó

impuestas, que importaron cien mil trescientos setenta pesos, sin la fundacion de San Andres, donde en vida dejó las haciendas raíces que tenia; habiendo mandado decir en vida, por su mano, seis-cientas mil misas, y estas sin setenta mil que dejó á que se dijera en la Compañía para la fundacion de San Andres. Y si se supiera lo que hizo su mano diestra, sin que lo supiera la siniestra en limosnas que daba á vergonzantes, sobrepuja otro tanto más en lo que se oculta á las limosnas que se manifiestan. Todo esto pudiera heredar de don Andres de Carabajal y Tapia esta señora; y quiso más vivir en riqueza espiritual de sus virtudes que en riqueza de bienes temporales. Murió el año de 1635, á 6 de Febrero, á las once de la noche, y fué admiracion de los vecinos que parecia quemarse el convento, segun los rayos de luz que despedia; y acudiendo á socorrerlo, hallaron ser aquella la hora del tránsito de la bendita madre.

7.

La venerable madre Agustina de San Ambrosio fué una de las fundadoras del convento de nuestra Madre Santa Clara de la Puebla, que vino del de nuestra Madre Santa Clara de México, donde nació. Fué, en diversas veces, veinticinco años abadesa. Siempre deseada por su prudencia, humildad y virtudes: la que más resplandeció fué la ca-

ridad y el celo de la observancia religiosa. Pagó la deuda de mortal, con sentimiento de sus hijas, en 7 de Febrero de 1640 años.

8.

La venerable madre Gerónima de San Juan, de padres nobles, don Gonzalo Fernandez de Figueroa y doña Ana Ponce de Leon. Nació en México, donde profesó en el convento de San Juan de la Penitencia el año de 1601. Fué en virtudes desde niña criada. Todo el tiempo de su vida ayunó viénes y sábado á pan y agua, sin querer jamás, aunque estuviera enferma, dejar esta devocion que observó indefectible. Fué muy contemplativa, en especial de la Pasion de Cristo, á que añadía varias penitencias: disciplinábase con tanto rigor delante de una imágen que tenia del Señor á la columna, que regaba con su sangre copiosamente la tierra, acompañando con lágrimas que se trasformaban en perlas; y con la púrpura que servia de corales, era víctima de la castidad que consagraba á su Esposo. Los espartanos (dice San Gregorio Nacianceno *orac. 3*), ofrecian su sangre en rigurosa disciplina, derramada á la diosa de la castidad Diana, teniéndose por más valientes los que á sus aras toleraban mas azotes. Consagró aquella ceremonia gentílica en mejor sacrificio aquella vírgen sabia. Nunca quiso admitir en la religion oficio, porque se te-

nia por indigna. Pasó de esta vida dejando el olor de santidad que le mereció su penitencia, en 8 de Febrero de 1656.

La venerable madre Ana María de los Ángeles, hija de Juan Álvarez y de doña María de Arévalo, nacida en México, donde profesó en el convento de San Juan, fué dos veces abadesa: prudente en el gobierno y en las virtudes ejemplar; en los ayunos frecuente y en la oracion continua, en cuyo tiempo se dedicó la iglesia la segunda vez que fué abadesa, habiéndose la primera vez que lo fué empezado, murió de años y de méritos llena á 8 de Febrero de 1677.

10.

La venerable madre Juana de la Trinidad, hija de Juan de Torres y de Isabel Rodriguez, mexicana, profesó en el convento de nuestra madre Santa Clara el año de 1621, donde fué observantísima religiosa. Era mansa y humilde de corazon, de quien aprendieron otras muchas religiosas que en santas costumbres educó. Servíale Leonor de los Ángeles, cuyas prerogativas se dirán á 28 de Octubre: tan unidas en competencia consagrábanse en la penitencia víctimas, entremetiendo virtudes angélicas, que no solo se constituían olorosas rosas, sino que las dos formaban un vital ramillete de virtudes. Dió su espíritu al Criador en 10 de Febrero de 1645.